



**Mensaje en la sesión solemne de la PUCE Esmeraldas  
y concesión del doctorado honoris causa  
a Monseñor Eugenio Arellano**

Fernando Ponce León, S.J., 9 de junio 2023

Cuenta el libro de Hechos de los Apóstoles que, cuando Jesús ascendió a los cielos, luego de su resurrección, pidió a sus seguidores que fueran sus testigos por todo el mundo conocido de entonces.

Esta frase es muy importante y por esto quiero citar el diálogo que la contiene:

6: Los que lo acompañaban le preguntaron: Señor, ¿vas a restablecer ahora el reino de Israel?

7: Él les dijo: No les toca a ustedes conocer los tiempos o momentos que el Padre ha establecido con su autoridad. Ustedes recibirán la fuerza del Espíritu Santo;

8: Él vendrá sobre ustedes para que sean mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra (Hechos 1, 6-8).

El 1 de junio de 1951, el P. Aurelio Espinosa Pólit, S.J., fundador de la PUCE, hizo de esta frase el lema de nuestra universidad. En el discurso de aquel día, con motivo de la celebración patronal de la universidad, dijo lo siguiente: “Esta es nuestra línea de conducta, jóvenes católicos en privado y en público. Dios nos manda dar testimonio de Él. Cristo nos dice *Eritis mihi testes*: Seréis mis testigos, y no podemos dejar de serlo, no podemos desobedecer a Dios por obedecer a los hombres”<sup>1</sup>.

Hoy, 9 de mayo, vemos cristalizada esta frase del evangelio, que tanto significa para la PUCE, en Mons. Eugenio Arellano. Sin querer ofender su

---

<sup>1</sup> Tobar Donoso, Julio. “Fundación de la universidad y primer rectorado”. *Revista de la Universidad Católica del Ecuador*, n. 1 (febrero 1972), p. 48.



modestia, recuerdo lo que ya sabemos: en la provincia de Esmeraldas y en todo el país, en la Iglesia de esta provincia y en la Iglesia ecuatoriana, todos hemos visto en Mons. Arellano ante todo a un testigo de Jesús, alguien que después de haber experimentado a Jesús de Nazareth, ha hablado y actuado en su nombre.

Las distintas instituciones tienen sus propias formas de mostrar el aprecio que sienten por quienes estiman en alto grado. La Iglesia católica reconoce diversos grados de santidad, los países entregan medallas y condecoraciones, las ciudades entregan sus llaves a los visitantes ilustres y las entidades deportivas conceden balones de oro a futbolistas destacados.

En lo que concierne a las universidades, concedemos el título más alto y que más cuesta obtener: un doctorado que, en este caso, es el máximo reconocimiento que deseamos ofrecer a quien es para la PUCE la encarnación más palpable de nuestro ideal: ser testigo de Jesús en este país y en esta provincia. Así como San Pablo VI llamó a la Iglesia “experta en humanidad”, nosotros bien podemos decir, desde la modestia de nuestra universidad, pero con gran convicción, que Mons. Eugenio Arellano es nuestro doctor en testimonio evangélico, humanidad y solidaridad.

Al mismo tiempo, el llamado a ser testigos de Jesús en tiempos difíciles como los que vive la provincia de Esmeraldas y el país se dirige a todos nosotros, miembros de la comunidad universitaria de la PUCE, en todas sus sedes.

¿Cuál es, entonces, esta buena nueva que debemos transmitir luego de haberla experimentado en nuestras vidas? Quisiera referirme a ella apoyándome en una corta reflexión del P. Adolfo Nicolás, antiguo superior general de los jesuitas, que apela al sentido común de todas las religiones y sabidurías humanas

Todos los seres humanos, de cualquier época o cultura, tenemos las mismas necesidades hondas:

- Necesitamos ser amados y amar.
- Necesitamos sufrir menos.



- Necesitamos crecer como seres humanos.

Por esto, lo primero que intentamos aprender y transmitir en la PUCE es el deber de ser feliz como ser humano, construyendo un proyecto de vida que me permita amar y ser amado, que me ayude a sufrir menos en este mundo y que me lleve a transformar cada evento o fracaso en oportunidad de crecimiento humano, y esto a través de la profesión adquirida o sin ella o, incluso, a pesar de ella.

Por otra parte, en la PUCE, creemos que la formación profesional que ofrecemos encuentra su sentido último en su contribución a que otras personas amen más, sufran menos y crezcan colectivamente como humanidad.

Además, nuestra propuesta formativa se distingue por considerar el bien común nacional e internacional como el horizonte de sentido de nuestras colectividades. En consecuencia, buscamos suscitar el siguiente propósito último en nuestros estudiantes: ser agentes de transformación al servicio de un mundo y un país más justos, solidarios y sostenibles, en vez de convertirse en engranajes de un sistema productivo, consumista y despilfarrador, como el actual.

Reconozcamos que el Ecuador es una cancha inclinada donde competimos en desigualdad de condiciones; un terreno hostil donde los ganadores y perdedores lo son en buena medida por condiciones estructurales e históricas que no tienen que ver con el esfuerzo o talento personal.

Pues bien, nuestro testimonio evangélico significa, entonces, ser un buen ciudadano que contribuye a reducir las causas del sufrimiento en la sociedad y a crear condiciones iguales para el crecimiento personal de todos, de manera que podamos ejercer el amor político, como dice el Papa Francisco en su última encíclica sobre la fraternidad universal.

Querida comunidad universitaria: mediante la concesión del doctorado honoris causa a Mons. Eugenio Arellano, hemos querido reconocer la labor evangélica y humanista de un pastor con olor a oveja, aunque no es lo único que hemos pretendido hacer esta mañana. Hoy, reafirmamos la convicción



de que la Pontificia Universidad Católica del Ecuador es un espacio privilegiado para experimentar el poder transformador de la Palabra de Dios y cultivar el conocimiento que transforma personas y a la misma sociedad. Seamos estos testigos que pide Jesús y que el país y la provincia necesitan más que nunca.

